

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Selección y nota de

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

México, 2009

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	3
SER UNA CASTA PEQUEÑEZ	15
MI PRIMA ÁGUEDA	16
EN LAS TINIEBLAS HÚMEDAS	17
ME ESTÁS VEDADA TÚ...	17
HERMANA, HAZME LLORAR...	18
POR ESTE SOBRIO ESTILO...	19
A SARA	21
Y PENSAR QUE PUDIMOS	22
QUE SEA PARA BIEN	22
LA MANCHA DE PÚRPURA	23
MI CORAZÓN SE AMERITA...	24
EL MENDIGO	25
HUMILDEMENTE	26
TREINTA Y TRES	28
EN MI PECHO FELIZ	29
EL SUEÑO DE LOS GUANTES NEGROS	30

NOTA INTRODUCTORIA

Es Ramón López Velarde un escritor que ha sufrido los embates de una crítica pequeña que, para poder asirlo, se ha obstinado en empequeñecerlo.

Sobre su cabeza han caído los peores elogios. Se le llama poeta cívico; sus poemas, especialmente *La Suave Patria*, han sido objeto de toda clase de declamaciones —escolares, ceremoniales, horanacionales, cantinescas, etc.— y, a últimas fechas, su vida ha sido llevada al cine mexicano, a través de un guión que está muy por debajo de la artesanía y de una dirección que concitó a toda la cursilería sin fin en los vastos territorios del planeta del cine nacional.

Una buena parte de sus críticos se queda en los aspectos superficiales de su obra. Capitalinos de inventadas nostalgias se regodean en la calma provinciana y, turistas ávidos de un fin de semana lejos del mundanal ruido, entretienen su especular con las divagaciones sobre la maldad de la “ojerosa y pintada en carretela” y la plácida bondad de la torre enhiesta en la mitad del valle y “del reloj en vela, rodado por palomos colipavos”.

Es claro que estas cosas constituyen una parte fundamental de la obra de López Velarde; pero reducir su trabajo de creación a las dimensiones de su temática y de sus anécdotas es, por muchos conceptos, absurdo y empobrecedor.

José Luis Martínez, para hablar de la biografía del poeta, utiliza el rubro “La vida breve”. Vivió 33 años —Tablada decía: “no se ha visto poeta de tan firme cristiandad; murió a los 33 años de Cristo y en poético olor de santidad”—. Lo que importa de su biografía es lo que subyace en el fondo de su vida y sus quehaceres, aquello que le permitió lograr la unidad plástica de la vida creativa y hacer que las palabras se sostuvieran por su propia esencia lírica. Lo que importa en el poeta es su deseo de decir que a la postre se convierte en un éxtasis voluptuoso. Por esta razón, puede afirmarse que fue un hombre de acción y un creador. El Cratilo

nos enseña que “el nombre es el principio de la cosa”. En consecuencia, me limitaré a hablar del creador y a destacar los datos que se desprenden de su individualidad irreductible. En esta empresa me auxilian algunos trabajos críticos sobre la obra de López Velarde; especialmente los de Phillips, Villaurrutia, Rivas Sáinz y el ensayo definitivo de Octavio Paz.

La poesía de López Velarde, como toda la de los grandes creadores, es un trabajo de amor. Católico y seguidor de Baudelaire, vivió una dicotomía constante que lo obligaba a oscilar entre “el panal de Mahoma” y el “caldo de habas”. La sensualidad —“Zoraida de grupa bisiesta”— lo rodeaba para hacerlo girar en su frenético vértigo y, cuando se dejaba llevar por el éxtasis, lo despertaba la dolorosa sensación de haber incurrido en un sacrilegio. Por eso, el poeta “gastaba” sus talentos en la lucha de la Arabia feliz con Galilea.

En su sueño del harem (recordemos las imágenes oníricas de $8\frac{1}{2}$ de Fellini), su erotismo se funde con la certeza de que la muerte lo corromperá todo. Pavese diría, muchos años después, “vendrá la muerte y tendrá tus ojos”. A la mitad de la soñada orgía, irrumpe el personaje del largo sudario, la muerte roja del cuento de Poe, los esqueletos de la danza medieval, la calaca sarcástica de las fiestas populares. Su erotismo, dice Paz, está teñido de crueldad. De ahí que lo religioso y lo erótico se confundan en aquello que López Velarde mismo reconocía como una “dualidad funesta”.

Sigamos, a lo largo de su itinerario poético, los testimonios de esa aventura dual. Muchos son irónicos. El poeta, valiéndose de coloquialismos espontáneos y llenos de frescura (todo en su poesía, especialmente los adjetivos, nace en el momento en que el poema se escribe), habla consigo mismo y se burla de sus obsesiones. De ese diálogo constante brotaron sus mejores obras. El juego de espejos permitió el descubrimiento de sus múltiples rostros, el encuentro con la propia forma y, por obra y gracia de una ironía profunda, el desencuentro inmediato. La forma ya asida, comienza a disolverse, desfigurarse, para aparecer de nuevo con otro rostro enmarcado en una latitud y un clima diferentes.

Alejado de los místicos (su experiencia en el seminario de Aguascalientes le produjo una crisis religiosa de la que nunca se repuso) mezcla el erotismo cálido, anheloso, el lenguaje de la liturgia y de la teología. Paz descubre en esta mezcla, al igual que en la hecha por Baudelaire, los espesos elementos de lo blasfemo. Así, el poeta, en una obra temprana, dice a Fuensanta: “Nardo es tu cuerpo y tu virtud es tanta que en tus brazos beatíficos me duermo como sobre los senos de una santa.”

El estricto Jerez; el San Luis Potosí, baluarte de la fe; el Aguascalientes, defensor de las buenas costumbres, obligaron al joven a adivinar la forma de los senos, las ricas curvas de muslos y caderas, a través de los abundosos pliegues de las túnicas que cubrían a las mujeres en las estampas de los libros de historia sagrada. Romper los fuertes hilos bíblicos, arrancar los mantos de innumerables pliegues, para llegar a la carne de color ambarino, al glorioso color rosado de los pezones, a la ondulación amplia de las caderas era para el joven una urgencia punzante en la que se mezclaba el ardor de los sentidos con el recóndito goce de los sacrílegos.

A la mujer que recogió los “primeros frutos de su pasión”, desea aspirarla “con gozo temerario, como se aspira en un devocionario un perfume de místicas violetas”; mientras que su “novia del alma” es “blanca como la hostia de la primera misa” y sus senos —castos, por supuesto— “se hinchan como las frutas de la heredad de Cristo, celeste jardinero”. Promete a Fuensanta que las “doce horas de mis días de amor serán los doce frutos del Espíritu Santo”. Las ausentes mujeres son “seráficas” y están “ungidas por el óleo de las vírgenes prudentes” y a todas, este monaguillo faunescó, desea poseer, sobre un altar y con fondo de canto gregoriano. En su ensueño laberíntico se funden las imágenes sexuales de los templos de la India, con las castas mujeres de Galilea y él, fauno salaz, busca encender a “las doncellas frías con la brasa oportuna”, se lamenta de las doncelleces prolongadas y se embriaga bajo un sol provenzal, o griego —mediterráneo al fin—, que ilumina los amores bajo los árboles, el rumor deleitoso

de las siestas, la placidez de los miembros fatigados después del acto amoroso, las caricias más íntimas, las sensaciones placenteras más sabiamente producidas y prolongadas.

La mayor parte de los fragmentos citados en el párrafo anterior pertenecen a la primera época del poeta y muestran algunas desastrosas influencias que, afortunadamente, López Velarde olvidó muy pronto. Más tarde, la lectura de Tablada, de Laforgue y de Lugones le abriría a nuevas perspectivas y afinaría su visión permitiéndole convertirse, como afirma Paz, en uno de los iniciadores de la poesía moderna en lengua española. Para esa época, el poeta ya había madurado sus conflictos internos y de su búsqueda de lo erótico, aunada a la certeza de que todo acabará, brotaron las palabras apenas hechas, la audacia verbal, las metáforas precisas y resplandecientes, la resignada ironía y la inmensa capacidad de describir todo lo que contemplaba mediante la observación de los lugares interiores que la misma observación iluminaba. Diría (afirmando así su credo simbolista), en una carta enviada a Francisco González León, el poeta al cual llamaba consanguíneo, que “la única originalidad poética es la de las sensaciones”. Así, ya con armas más finas, se lanzó a la búsqueda de su objeto erótico y giró deslumbrado, oscilando entre la luz y la sombra, en torno al principio de placer, al instinto de vida, a la variada gama de los “alimentos terrestres”. Desigual (su provincianismo lo mantuvo atado a ciertos prejuicios y lo hizo propenso a los deslumbramientos candorosos) y, a veces, excesivo en sus retorcimientos, se enfrentó siempre a su reducido repertorio de temas con una sinceridad estremecedora a fuer de anti intelectual. Sus poemas maduros son producto de intensas iluminaciones, de estados de enervamiento que causan, a la vez, el éxtasis y la tortura. Todo en ellos es “sangre devota”, “son del corazón”, “zozobra”. Su poesía formaba parte de su vida, brotaba del caudal de su sangre, era, a la vez, rumor orgánico de alegría fiel y desgarramiento torturador. En ningún momento se separa de su acontecer diario y, sólo en muy contadas ocasiones, es producto

del artificio, la fingida dolencia o el juego de palabras. No olvidemos que desconfiaba de los hombres de letras al estilo de esos tiempos y que, en varias oportunidades, se quejó de “las ineptitudes de la inepta cultura”. Tal vez alguien pretenda que estas actitudes son iguales a las que adoptan los seguidores a ultranza de la llamada poesía comprometida. No hay tal. En López Velarde había una individualidad tan firme que le permitió intentar la poesía social (¿y qué poesía no es social?) desde una perspectiva original capaz de descubrir y de expresar aquello que se ocultaba a los ojos menos expertos.

Pero volvamos a sus trabajos de amor y a sus funestas dualidades: En 1912 la búsqueda se le volvió más urgente y se reflejó en poemas inmediatos, diáfanos en su angustia por construir un amor duradero: “Me despedido... Ella guía llevando, en un trasunto de evangelio, en las frágiles manos una luz. Pero apenas llegados al umbral —suspiro de alma en pena o soplo del espíritu del mal—; un golpe de aire mata la bujía... (aúlla un perro en la calma sepulcral). Fue así como Fuensanta y el idólatra nos dijimos adiós en las tinieblas de la noche fatal...”

En *La sangre devota*, dedicado a los espíritus de Gutiérrez Nájera y Othón (sin duda el Othón de *El idilio salvaje*), sostiene su creencia fanática en la inmutabilidad de la obra de arte. Contra el golpe del tiempo levanta su escudo de palabras, construye su torre de papel. Es que estaba defendiendo su vida y esto es, en última instancia, defender la vida de todos los demás.

En este libro, el conflicto aparece ya en sus formas más agudas y el poeta lo expresa descarnadamente. A veces parece que va a derrumbarse en la confesión patética y casi melodramática, pero lo salva su originalidad, su íntimo refinamiento y, fundamentalmente, la intensidad de las palabras, la permanente tensión que ilumina su forma de decir las cosas.

Asoman ya las primeras burlas sobre su pasado. “Entonces era yo seminarista, sin Baudelaire, sin rima y sin olfato” y las nostalgias primeras: “Fuérame dado remontar el río de los años”, ¿y para qué remontarlo?,

nos lo dice con la claridad propia de los que añoran la infancia de todo y de todos: para “ser de nuevo la fuente limpia y bárbara del niño”.

El retorno —todos sus retornos se hacen por el camino del amor— busca el reencuentro con Fuensanta. La novia, viendo al niño limpio y bárbaro, invadida de ternura maternal, lo subiría a su regazo y allí, el poeta joven disfrazado de niño, podría decirle “que la quiere más allá de las torres gemelas”. Ella colocaría en su frente el beso inaccesible. Por eso quería ser “Una casta pequeñez en tus manos adictas y junto a la eficacia de tu boca.”

Y no olvidemos que el poeta joven había sido un niño muy despierto ante la belleza femenina. Recordemos los “calosfríos ignotos” que le causaban el “almidón resonante, los ojos verdes” y “las mejillas rubicundas” de su prima Águeda.

Su relación con el mundo se daba siempre a través de los caminos de lo erótico. La voluntad de amar, la búsqueda del placer y el deseo de proporcionar placer a los demás, son constantes de su obra y, por lo mismo, de su vida. En López Velarde, al igual que en el caso de Ungaretti, la creación poética está íntimamente ligada a la vida diaria. Sus libros son autobiográficos, testimonios de una relación con el mundo y de una voluntad de comunicación que, frecuentemente, no se realizaba, provocando un profundo dolor en el amante llena de perseverancia. Ya en los primeros poemas aparece esa despierta voluntad amorosa: “Genoveva, regálame tu amor crepuscular: esos dulces 30 años yo los puedo adorar.”

El poeta osciló —recordemos sus funestas dualidades— entre su nostalgia por la pureza (representada por el poblado claro y sencillo, “la gracia primitiva de las aldeanas”, “el viejo pozo de la vieja casa”) y su deseo de sostener, sin restricción ninguna, una alegre relación erótica con la vida. Daba a la castidad todo el prestigio del que la había investido la cultura castellana y católica. (J. Ramón Jiménez hacía, también, el elogio de la virtud tradicional: “Tú estás entre todas, casta”.) López Velarde recurre a las metáforas de la

liturgia para decir su nostalgia: “Vasos de devoción, arcas piadosas en que el amor jamás se contamina.” La bizarra capital de su Estado posee, entre otras cosas, “unas recatadas señoritas con rostro de manzana, ilustraciones prófugas de las cajas de pasas”; “el arte de las doncellas de la aldea” es “virginal”.

Sin embargo, muy pocas veces logró realizar sus ensoñaciones eróticas. Algo lo detenía en el momento oportuno y su historia amorosa se construyó con los materiales de la frustración y de la imaginación ferviente. La gran ciudad, perversa y destructora, ejerció en el poeta una fascinación constante y dolorosa: “Mis peones tantálicos al rondarte a deshora, fracasan en sus ímpetus vandálicos”; soñaba con una mujer que “me sea total y parcial, periférica y central” y las tardes de lluvia traían a la ciudad los rumores de los sortilegios: “Tardes en que el teléfono pregunta por consabidas náyades arteras, que salen del baño al amor, a volcar en el lecho las fatuas cabelleras y a balbucir, con alevosía y con ventaja, húmedos y anhelantes monosílabos, según que la llovizna acosa las vidrieras...” y en las noches eléctricas, la tentación es un “guarismo, cuerda, y ejemplar figura, tu rítmica y eurítmica cintura nos roba a todos nuestra flama pura”.

Ante esos alimentos esenciales, el poeta se sentía como un “mendigo cósmico”: “Soy el mendigo cósmico y mi inopia es la suma de todos los voraces ayunos pordioseros.” Cenobita hambriento, tan sólo recibe de los cuervos que vuelan sobre su Tebaida: “un pétalo, un rizo prófugo, una migaja”. Tan menguadas dádivas le producen “el suplicio de mi hambre creciente” y “La pródiga vida se derrama en el falso festín como una cornucopia se vuelca en un cadalso”.

Los momentos de éxtasis, raros y fugaces, fueron atesorados celosamente, guardados en un cofre sellado para que conservaran su luminosidad, su inicial ardor: “Voluptuosa melancolía: en su talle mórbido enrosca el placer su caligrafía”... “Yo reconozco mi osadía de haber vivido profesando la moral de la simetría”... “Dios que me ve que sin mujer no atino en lo pequeño y en lo grande diome de ángel guardián un ángel femenino.”

Mas como en toda su ansia erótica había un anhelo de perfección, sus experiencias se derrumban o quedaban truncas. Por eso las palabras le servían para lograr la transfiguración. Fuensanta ya muerta se hizo susceptible a todos los cambios soñados por su amante. ¿Idealización? Tal vez el término resulte demasiado psicologizante y, por lo mismo, se corra con ello el riesgo de privar a la palabra poética de su misterio, de su poder evocador, de sus cualidades recreadoras. Con Fuensanta desaparecida podrá ya hacer “la ruta evangélica del bien” y, pasados los años, la encontrará de nuevo, prisionera del sueño guardado, transfigurado, en un lugar parecido a la “enjuta cuenca de océano muerto” de Othón, “resucitada y con tus guantes negros”. Esos guantes ocultarán el puño esquelético del poema anterior: “Despertarás una mañana gris y verás, en la luna de tu armario, desdibujarse un puño esquelético, y ante el funerario aviso, gritarás las 5 letras de mi nombre, con voz pávida y floja, ¡y yo me hallaré ausente de tu final congoja!”

Con palabras como pinceles y colores pintó el retrato de la amada ideal: “Esa manera de esparcir su aroma de azahar silencioso en mi tiniebla.” “Por este suplicante y sobrio estilo de amor te reverencio.” (¡Qué mayor perfección erótica!, ¡qué suprema perfección en el arte de amar!, ¡qué manera de apurar el deleite supremo, combinando en un solo estilo la sobriedad y la súplica!) “Estrella fiel que gustas de enlutarte; generoso y escondido azahar; caritativa madurez que presides mis 30 años con la abnegada castidad de un búcaro”; “asustadizo comensal de mi fiesta; aliada tímida; torcaz humilde que zureas al alba, en un tono menor, para ti sola”.

Tal vez, en el poema anterior mezcle a su transfigurada Fuensanta, algunos elementos de la Sara carnal, fuerte, bíblica: “Blonda Sara, uva en sazón”, “Sara, Sara: eres flexible cual la honda de David y contundente como el lírico guijarro del mancebo”.

Aquella Sara de la que decía: “mi apego franco a tu persona, hoy me incita a burlarme de mi ayer, por la inaudita buena fe con que creí mi sospechosa vocación,

la de un levita.”

Su Fuensanta, “nuestra señora de las ilusiones” y Sara, “golosina de horas muelles; racimo copioso y magno de promisión, que fatigas el dorso de dos hebreos”, son personajes de un mismo sueño, las manchas de púrpura de un deslumbramiento, la iluminación que permanece antes, en y después del amor. Ambas fatigarán su sueño y, al final, la prisionera del Valle de México se presentará mientras se apagan “los ecos de una llamada a misa, en el misterio de una capilla oceánica” y el amor se consumará con tal armonía, con tan perfecto estilo, que sobre él descansarán “los 4 cimientos de la fábrica de los universos”.

La Fuensanta construida en el sueño, creció en gracia y perfección, adquiriendo, al mismo tiempo, una presencia real, palpable, al alcance del deseo y de la mano del amado. Se trataba en suma, de esa conciliación de la realidad con el deseo que buscó, con tan desesperado afán, Luis Cernuda. Desde el momento de su muerte, el poeta la situó en una dimensión ideal, aunque con frecuencia el tiempo, el péndulo constante, le ponía enfrente la imagen de la muerte. La muerte entendida como ausencia, como la negación, el fin del amor. Mas como el poeta estaba fundamentalmente interesado en tomar parte en la vida, este afán superaba con creces su preocupación por los problemas de la existencia. De esta manera, su temática giró siempre en torno al amor. Los otros asuntos aparecen en su obra de manera esporádica. En cambio, el amor, tema recurrente, constituye la substancia fundamental de su quehacer poético y sus palabras contienen un intenso poder evocador del paraíso perdido: “Primer amor, tú vences la distancia”, “Fuensanta tu recuerdo me es propicio”; del pueblo embellecido por el paso del tiempo, magnificado desde la ya lejana perspectiva: “Plaza de armas, plaza de musicales nidos”; de la infancia feliz, llena de palabras nuevas, de inesperadas madrugadas, de noches preñadas de misterio: “El viejo pozo de la vieja casa sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces se clavaba de codos, buscando el vaticinio de la tortuga, o bien el iris de los peces, es un compendio de

ilusión y de históricas pequeñeces”. El recuerdo es, en el fondo, el deseo de comenzar de nuevo; de partir otra vez del portal de la infancia: “El zenzontle me lleva hasta los corredores del patio solariego en que había canarios, con el buche teñido con un verde inicial de lechuga, y las alas como onzas acabadas de troquelar:” Sin embargo, a mi entender, este deseo de retornar no se basa en la nostalgia de la pureza convencional, sino en un empezar de nuevo para recorrer un itinerario amoroso sin obstáculos, sin absurdos valladares: “ya no puedo dudar... Diste muerte a mi cándida niñez, toda olorosa a sacristía, y también diste muerte al liviano chacal de mi cartuja. Que sea para bien. Consumaste el prodigio de, sin hacerme daño, substituir mi agua clara con un licor de uvas... y yo bebo el licor que tu mano me depara”. Este deseo sucumbe también ante el embate del pasado: “y mi violento espíritu se halla nostálgico de sus jaculatorias y del pío metal de sus medallas”.

No olvidemos que su corazón era “retrógrado” y gustaba de recordar los momentos ingenuos y las aventuras coloreadas por su fértil imaginación: “yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre: ojos inusitados de sulfato de cobre”.

Desde la capital contemplaba el perdido paraíso, arrasado por la contienda revolucionaria: “Mejor será no regresar al pueblo, al edén subvertido que se calla en la mutilación de la metralla.” En este poema, el recuerdo estalla y chisporrotean las metáforas evocadoras. En él el estilo refulge y las alabanzas se suceden vertiginosamente. El sueño, la realidad y el deseo se dan la mano para componer la danza del regreso y las palabras giran, dan vueltas enervadas de entusiasmo: “las golondrinas nuevas, renovando con sus noveles picos alfareros los nidos tempraneros; bajo el ópalo insigne de los atardeceres monacales, el lloro de recientes recentales por la ubérrima ubre prohibida de la vaca, rumiante y faraónica, que al párvulo intimida; campanario de timbre novedoso, remozados altares; el amor amoroso de las parejas pares; noviazgos de muchachas frescas y humildes, como humildes coles, y

que la mano dan por el postigo a la luz de dramáticos faroles; alguna señorita que canta en algún piano alguna vieja aria; el gendarme que pita... y una íntima tristeza reaccionaria"... y la evocación duele, se enluta; el poeta y el país contaban sus muertos, sus tapias caídas, sus casas derruidas: "me enluto por ti, Mireya, y te rezo esta epopeya". Ante la mutilación y la muerte, con suprema ironía dice su convicción política y define su voz social: "yo, varón integral, nutrido en el panal de Mahoma y en el que cuida Roma en la mesa central", "No porto insignias de masón ni de caballero de Colón" y, en la tribulación y el caos, acepta el compromiso: "aunque toca al poeta roerse los codos, vivo la formidable vida de todas y de todos".

El retorno, al cual calificaba de maléfico, se iniciaría ya cerca del final: "Cuando me sobrevenga el cansancio del fin, me iré, como la grulla del refrán, a mi pueblo." Al viejo pozo regresará el niño que buscaba los vaticinios de la tortuga oculta entre las piedras húmedas y el hombre que declaraba: "No he buscado poder ni metal, más viví en una marcha nupcial. Me parece que por amar tanto voy bebiendo una copa de espanto." La dualidad funesta destruyó parte de su alegría, sin embargo, la certeza de que todo es gracia le permitió avizorar un paraíso ambiguo, un lugar de beatitud y de reposo.

Inventor de palabras, creador audaz que no aceptaba frenos ni limitaciones, recuperó la visión de un país cuya identidad se encontraba en crisis. Por eso siendo un poeta personal, fue, y sigue siendo, un poeta social. Su obra cumple las funciones indicadas por Eliot: proporciona placer, comunica una experiencia nueva, interpreta lo ya conocido, expresa algo que todos ya hemos experimentado sin encontrar palabras para expresarlo, amplía nuestro conocimiento y madura nuestra sensibilidad. Mas, como el mismo Eliot, piensa que conviene que cada pueblo tenga su propia poesía. López Velarde fue uno de los iniciadores de la poesía moderna de los pueblos de habla castellana. Creo que nunca pensó que su obra alcanzaría tal rango. "Yo sólo soy un hombre débil, un espontáneo, que nunca tomó en

serio los sesos de su cráneo.” Su compromiso era con la poesía y sus palabras estaban comprometidas con la búsqueda amorosa. Su ciudad que “estaba dentro del más bien muerto de los mares muertos”, crece, en la niebla para llamar a todos los que aman.

La madrugada del 19 de junio de 1921, murió de asfixia provocada por una neumonía, en un pequeño apartamento de la ciudad capital.

Ya no pudo decir: “Siempre que inicio un vuelo por encima de todo un demonio sarcástico maúlla y me devuelve al lodo”.

En ese lodo está la Rosa intacta, a ella regresó, regresó “al perímetro jovial de las mujeres”. Su rosa intacta inauguró la poesía moderna en la sombra de una alcoba submarina, la misma de las nupcias con Fuensanta, de la flexible Sara, las Náyades arteras, las Jerezanas, institutrices de su corazón. La alcoba de Eros, de la vida y de la palabra que preserva la vida.

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

SER UNA CASTA PEQUEÑEZ...

A Alfonso Cravioto

Fuérame dado remontar el río
de los años, y en una reconquista
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo
la fuente limpia y bárbara del niño...

Volver a ser el arrebol, y el húmedo
pétalo, y la llorosa y pulcra infancia
que deja el baño por secarse al sol...

Entonces, con instinto maternal,
me subirías al regazo, para
interrogarme, Amor, si eras querida
hasta el agua inmanente de tu pozo
o hasta el penacho tornadizo y frágil
de tu naranjo en flor.

Yo, sintiéndome bien en la aromática
vecindad de tus hombros y en la limpia
fragancia de tus brazos,
te diría quererte más allá
de las torres gemelas.

Dejarías entonces en la bárbara
novedad de mi frente
el beso inaccesible
a mi experiencia licenciosa y fúnebre.

¿Por qué en la tarde inválida,
cuando los niños pasan por tu reja,
yo no soy una casta pequeñez
en tus manos adictas
y junto a la eficacia de tu boca?

MI PRIMA ÁGUEDA

A Jesús Villalpando

Mi madrina invitaba a mi prima Águeda
a que pasara el día con nosotros,
y mi prima llegaba
con un contradictorio
prestigio de almidón y de temible
luto ceremonioso.

Águeda aparecía, resonante
de almidón, y sus ojos
verdes y sus mejillas rubicundas
me protegían contra el pavoroso
luto...

Yo era rapaz
y conocía la *o* por lo redondo,
y Águeda que tejía
mansa y perseverante en el sonoro
corredor, me causaba
calosfríos ignotos...

(Creo que hasta la debo la costumbre
heroicamente insana de hablar solo.)

A la hora de comer, en la penumbra
quieta del refectorio,
me iba embelesando un quebradizo
sonar intermitente de vajilla
y el timbre caricioso
de la voz de mi prima.

Águeda era
(luto, pupilas verdes y mejillas
rubicundas) un cesto policromo
de manzanas y uvas
en el ébano de un armario añoso.

EN LAS TINIEBLAS HÚMEDAS

En las alas oscuras de la racha cortante
me das, al mismo tiempo una pena y un goce:
algo como la helada virtud de un seno blando,
algo en que se confunden el cordial refrigerio
y el glacial desamparo de un lecho de doncella.

He aquí que en la impensada tiniebla de la muda
ciudad, eres un lampo ante las fauces lóbregas
de mi apetito; he aquí que en la húmeda tiniebla
de la lluvia, trasciendes a candor como un lino
recién lavado, y hueles, como él, a cosa casta;
he aquí que entre las sombras regando estás la esencia
del pañolín de lágrimas de alguna buena novia.

Me embozo en la tupida obscuridad, y pienso
para ti estos renglones, cuya rima recóndita
has de advertir en una pronta adivinación
porque son como pétalos nocturnos, que te llevan
un mensaje de un singular calosfrío;
y en las tinieblas húmedas me recojo, y te mando
estas sílabas frágiles en tropel, como ráfaga
de misterio, al umbral de tu espíritu en vela.

Toda tú te deshaces sobre mí como una
escarcha, y el translúcido meteoro prolóngase
fuera del tiempo; y suenan tus palabras remotas
dentro de mí, con esa intensidad quimérica
de un reloj descompuesto que da horas y horas
en una cámara destartada...

ME ESTÁS VEDADA TÚ...

¿Imaginas acaso la amargura
que hay en no convivir
los episodios de tu vida pura?

Me está vedado conseguir que el viento
y la llovizna sean comedidos
con tu pelo castaño.

Me está vedado oír en los latidos
de tu paciente corazón (sagrario
de dolor y clemencia),
la fórmula escondida
de mi propia existencia.

Me está vedado, cuando te fatigas
y se fatiga hasta tu mismo traje,
tomarte en brazos, como quien levanta
a su propia ilusión incorruptible
hecha fantasma que renuncia al viaje.

Despertarás una mañana gris
y verás, en la luna de tu armario,
desdibujarse un puño
esquelético, y ante el funerario
aviso, gritarás las cinco letras
de mi nombre, con voz pálida y floja,
¡y yo me hallaré ausente
de tu final congoja!

¿Imaginas acaso
mi amargura impotente?
Me estás vedada tú... Soy un fracaso
de confesor y médico que siente
perder a la mejor de sus enfermas
y a su más efusiva penitente.

HERMANA, HAZME LLORAR...

Fuensanta:
dame todas las lágrimas del mar.
Mis ojos están secos y yo sufro
unas inmensas ganas de llorar.

Yo no sé si estoy triste por el alma
de mis fieles difuntos
o porque nuestros mustios corazones
nunca estarán sobre la tierra juntos.

Hazme llorar, hermana,
y la piedad cristiana
de tu manto inconsútil
enjúgueme los llantos con que llore
el tiempo amargo de mi vida inútil.

Fuensanta:
¿tú conoces el mar?
Dicen que es menos grande y menos hondo
que el pesar.
Yo no sé ni por qué quiero llorar:
será tal vez por el pesar que escondo,
tal vez por mi infinita sed de amar.
Hermana:
dame todas las lágrimas del mar...

POR ESTE SOBRIO ESTILO....

Esta manera de esparcir su aroma
de azahar silencioso en mi tiniebla;
esta manera de envolver en luto
su marfil y su nácar; esta única
manera con que porta la golilla
de encaje; esta manera de tornar
su mutismo en venero de palabras
y su boca en ahorro...

Esta manera,
que es reservada y que es acogedora,
con que viene a encontrar mis panegíricos;
esta manera de decir mi nombre
con mofa y mimo, en homenaje y burla,
como que sabe que mi interno drama

es, a la vez, sentimental y cómico;
esta manera con que en la honda noche,
de sobremesa en vagos parlamentos,
se abate su sonrisa desmayada
sobre el mantel; esta feliz manera
con que niega su brazo y con que otorga
la emoción, cuando vamos de paseo
por la alameda colonial y adusta...
Por este suspirante y sobrio estilo
de amor, te reverencio, estrella fiel
que gustas de enlutarte; generoso
y escondido azahar; caritativa
madurez que presides mis treinta años
con la abnegada castidad de un búcaro
cuyas rosas adultas embalsaman
la cabecera de un convaleciente;
enfermera medrosa; cohibida
escanciadora; amiga que te turbas
con turbación de niña al repasar
nuestra común lectura; asustadizo
comensal de mi fiesta; aliada tímida;
torcaz humilde que zureas al alba,
en un tono menor, para ti sola.
¡Bien hayas, creatura pequeñita
y suprema; adueñada de la cumbre
del corazón; artista a un mismo tiempo
mínima y prócer, que en las manos llevas
mi vida como objeto de tu arte!
Estrella y azahar: que te marchites
mecida en una paz celibataria
y que agonices como un lucero
que se extinguiese en el verdor de un prado
o como flor que se transfigurase
en el ocaso azul, como en un lecho.

A SARA

A J. de J. Núñez y Domínguez

A mi paso y al azar te desprendiste
como el fruto más profano
que pudiera concederme la benévola
actitud de este verano.

(Blonda Sara, uva en sazón: mi apego franco
a tu persona, hoy me incita
a burlarme de mi ayer, por la inaudita
buena fe con que creí mi sospechosa
vocación, la de un levita.)

Sara, Sara: eres flexible cual la honda
de David y contundente
como el lírico guijarro del mancebo;
y das, paralelamente,
una tortura de hielo y una combustión de pira;
y si en vértigo de abismo tu pelo se desmadeja,
todavía, con brazo heroico
y en caída acelerada, sostienes a tu pareja.
Sara, Sara, golosina de horas muelles;
racimo copioso y magno de promisión, que fatigas,
el dorso de dos hebreos:
siempre te sean amigas
la llamarada del sol y del clavel; si tu brava
arquitectura se rompe como un hilo inconsistente,
que bajo la tierra lóbrega
esté incólume tu frente;
y que refulja tu blonda melena, como tesoro
escondido; y que se guarden indemnes como real sello
tus brazos y la columna
de tu cuello.

Y PENSAR QUE PUDIMOS

Y pensar que extraviamos
la senda milagrosa
en que se hubiera abierto
nuestra ilusión, como perenne rosa...

Y pensar que pudimos
enlazar nuestras manos
y apurar en un beso
la comunión de fértiles veranos...

Y pensar que pudimos,
en una onda secreta
de embriaguez, deslizamos,
valsando un vals sin fin, por el planeta...

Y pensar que pudimos,
al rendir la jornada,
desde la sosegada
sombra de tu portal y en una suave
conjunción de existencias,
ver las cintilaciones del zodiaco
sobre la sombra de nuestras conciencias...

QUE SEA PARA BIEN...

Ya no puedo dudar... Diste muerte a mi cándida
niñez, toda olorosa a sacristía, y también
diste muerte al liviano chacal de mi cartuja.
Que sea para bien...

Ya no puedo dudar... Consumaste el prodigio
de, sin hacerme daño, sustituir mi agua clara
con un licor de uvas... Y yo bebo
el licor que tu mano me depara.

Me revelas la síntesis de mi propio zodíaco:
el León y la Virgen. Y mis ojos te ven
apretar en los dedos —como un haz de centellas—
éxtasis y placeres. Que sea para bien...

Tu palidez denuncia que en tu rostro
se ha posado el incendio y ha corrido la lava...
Día último de marzo; emoción, aves, sol...
Tu palidez volcánica me agrava.

¿Ganaste ese prodigio de pálida vehemencia
al huir, con un viento de ceniza,
de una ciudad en llamas? ¿O hiciste penitencia
revolcándote encima del desierto? ¿O, quizá,
te quedaste dormida en la vertiente
de un volcán, y la lava corrió sobre tu boca
y calcinó tu frente?

¡Oh tú, reveladora, que traes un sabor
cabal para mi vida, y la entusiasmas:
tu triunfo es sobre un motín de satiresas
y un coro plañidero de fantasmas!

Yo estoy en la vertiente de tu rostro, esperando
las lavas repentinas que me den
un fulgurante goce. Tu victorial y pálido
prestigio ya me invade... ¡Que sea para bien!

LA MANCHA DE PÚRPURA

Me impongo la costosa penitencia
de no mirarte en días y días, porque mis ojos,
cuando por fin te miran, se aneguen en tu esencia
como si naufragasen en un golfo de púrpura,
de melodía y de vehemencia.
Pasa el lunes, y el martes, y el miércoles... Yo sufro
tu eclipse, ¡oh creatura solar!; mas en mi duelo
el afán de mirarte, se dilata

como una profecía; se descorre cual velo paulatino; se acendra como miel; se aquilata como la entraña de las piedras finas; y se aguza como el llavín de la celda de amor de un monasterio en ruinas.

Tú no sabes la dicha refinada que hay en huirte, que hay en el furtivo gozo de adorarte furtivamente, de cortejarte más allá de la sombra, de bajarse el embozo una vez por semana, y exponer las pupilas, en un minuto fraudulento, a la mancha de púrpura de tu deslumbramiento.

En el bosque de amor, soy cazador furtivo; te acecho entre dormidos y tupidos follajes, como se acecha una ave fúlgida; y de estos viajes por la espesura, traigo a mi aislamiento el más fúlgido de los plumajes: el plumaje de púrpura de tu deslumbramiento.

MI CORAZÓN SE AMERITA...

A Rafael López

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra. Yo lo sacara al día, como lengua de fuego que se saca de un íntimo purgatorio a la luz; y al oírlo batir su cárcel, yo me anego y me hundo en la ternura remordida de un padre que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra. Placer, amor, dolor..., todo le es ultraje y estimula su cruel carrera logarítmica, sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra. Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancarí

para llevarlo en triunfo a conocer el día,
la estola de violetas en los hombros del Alba,
el cingulo morado de los atardeceres,
los astros, y el perímetro jovial de las mujeres.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar
como sangriento disco a la hoguera solar.
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
será impasible por el Este y el Oeste,
asistiré con una sonrisa depravada
a las ineptitudes de la inepta cultura,
y habrá en mi corazón la llama que le preste
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

EL MENDIGO

Soy el mendigo cósmico y mi inopia es la suma
de todos los voraces ayunos pordioseros;
mi alma y mi carne trémulas imploran a la espuma
del mar y al simulacro azul de los luceros.

El cuervo legendario que nutre al cenobita
vuela por mi Tebaida sin dejarme su pan,
otro cuervo transporta una flor inaudita,
otro lleva en el pico a la mujer de Adán,
y sin verme siquiera, los tres cuervos se van.

Prosigue descubriendo mi pupila famélica
más panes y más lindas mujeres y más rosas
en el bando de cuervos que en la jornada célica
sus picos atavía con las cargas preciosas,
y encima de mi sacro apetito no baja
sino un pétalo, un rizo prófugo, una migaja.

Saboreo mi brizna heteróclita, y siente
mi sed la cristalina nostalgia de la fuente,
y la pródiga vida se derrama en el falso

festín y en el suplicio de mi hambre creciente,
como una cornucopia se vuelca en un cadalso.

HUMILDEMENTE...

Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin,
me iré, como la grulla
del refrán, a mi pueblo,
a arrodillarme entre
las rosas de la Plaza,
los aros de los niños
y los flecos de seda de los tápalos.

A arrodillarme en medio
de una banqueta herbosa,
cuando sacramentando
al reloj de la torre,
de redondel de luto
y manecillas de oro,
al hombre y a la bestia,
al azahar que embriaga
y a los rayos del sol,
aparece en su estufa el Divinísimo.

Abrazado a la luz
de la tarde que borda,
como al hilo de una
apostólica araña,
he de decir mi prez
humillada y humilde,
más que las herraduras
de las mansas acémilas
que conducen al Santo Sacramento.

“Te conozco, Señor,
aunque viajas de incógnito,
y a tu paso de aromas

me quedó sordomudo,
paralítico y ciego,
por gozar tu balsámica presencia.

Tu carroza sonora
apaga repentina
el breve movimiento,
cual si fuesen las calles
una juguetería
que se quedó sin cuerda.

Mi prima, con la aguja
en alto, tras sus vidrios,
está inmóvil con un gesto de estatua.

El cartero aldeano
que trae nuevas del mundo,
se ha hincado en su valija.

El húmedo corpiño
de Genoveva, puesto
a secar, ya no baila
arriba del tejado.

La gallina y sus pollos
pintados de granizo
interrumpen su fábula.

La frente de don Blas
petrificóse junto
a la hinchada baldosa
que agrietan las raíces de los fresnos.

Las naranjas cesaron
de crecer, y yo apenas
si palpito a tus ojos
para poder vivir este minuto.

Señor, mi temerario
corazón que buscaba
arrogantes quimeras,

se anonada y te grita,
que yo soy tu juguete agradecido.

Porque me acompasaste
en el pecho un imán
de figura de trébol
y apasionada tinta de amapola.

Pero ese mismo imán
es humilde y oculto,
como el peine imantado
con que las señoritas
levantan alfileres
y electrizan su pelo en la penumbra.

Señor, este juguete
de corazón de imán,
te ama y te confiesa
con el íntimo ardor
de la raíz que empuja
y agrieta las baldosas seculares.

Todo está de rodillas
y en el polvo las frentes;
mi vida es la amapola
pasional, y su tallo
doblégase efusivo
para morir debajo de tus ruedas”.

TREINTA Y TRES

La edad del Cristo azul se me acongoja
porque Mahoma me sigue tiñendo
verde el espíritu y la carne roja,
y los talla, al beduino y a la hurí,
como una esmeralda en un rubí.

Yo querría gustar del caldo de habas,
mas en la infinidad de mi deseo

se suspenden las sílfides que veo,
como en la conservera las guayabas.

La piedra pómez fuera mi amuleto,
pero mi humilde sino se contrista
porque mi boca se instala en secreto
en la femineidad del esqueleto
con un escrúpulo de diamantista.

Afluye la parábola y flamea
y gasto mis talentos en la lucha
de la Arabia Feliz con Galilea.

Me asfixia, en una dualidad funesta,
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta,
y de Zoraida la grupa bisiesta.

Plenitud de cerebro y corazón;
oro en los dedos y en las sienas rosas;
y el Profeta de cabras se perfila
más fuerte que los dioses y las diosas.

¡Oh, plenitud cordial y reflexiva:
regateas con Cristo las mercedes
de fruto y flor, y ni siquiera puedes
tu cadáver colgar en la impoluta
atmósfera imantada de una gruta!

EN MI PECHO FELIZ

No he buscado poder ni metal,
mas viví en una marcha nupcial...
Me parece que por amar tanto
voy bebiendo una copa de espanto.

Clarooscuro de noche y de día;
corazón y cabeza y hombría,
los tres nudos que tiene mi ser
a la buena y la mala mujer.

En mi pecho feliz no hubo cosa
de cristal, terracota o madera,
que abrazada por mí, no tuviera
movimientos humanos de esposa.

¡Desdichado el que en la hora lunar
en su lecho no huele azahar!

Desposémonos con la sencilla
avestruz, con la liebre y la ardilla...

EL SUEÑO DE LOS GUANTES NEGROS

Soñé que la ciudad estaba dentro
del más bien muerto de los mares muertos.
Era una madrugada del invierno
y lloviznaban gotas de silencio.

No más señal viviente, que los ecos
de una llamada a misa, en el misterio
de una capilla oceánica, a lo lejos.

De súbito me sales al encuentro,
resucitada y con tus guantes negros.

Para volar a ti, le dio su vuelo
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros
me atrajiste al océano de tu seno,
y nuestras cuatro manos se reunieron
en medio de tu pecho y de mi pecho
como si fueran los cuatro cimientos
de la fábrica de los universos.

¿Conservas tu carne en cada hueso?
El enigma de amor se veló entero
en la prudencia de tus guantes negros.

¡Oh, prisionera del valle de México!
Mi carne... * de tu ser perfecto
quedarán ya tus...
y el traje, el traje aquel, con que tu cuerpo
fue sepultado en el valle de México;
y el figurín aquel, de pardo género
que compraste en un viaje de recreo.

Pero en la madrugada de mi sueño,
nuestras manos, en un circuito eterno
la vida apocalíptica vivieron.

Un fuerte... como en un sueño,
libre como cometa, y en su vuelo
la ceniza y... del cementerio
gusté cual rosa...

* Los puntos suspensivos ocupan palabras ilegibles en el original.

Portada:
Ilustración de Kent

Editor:
Jorge González de León